

Negro es el silencio que desarma

Sobre la serie *Átomos en el espacio*, pinturas, de Cristina Portela.

Diciembre de 2015

“El Amanecer del Hombre” –primeras secuencias de *2001: Una odisea del espacio* de Stanley Kubrick– se inicia con un grupo de primates, una suerte de proto-humanos, que se encuentran en la lucha por la supervivencia, enfrentándose entre clanes por los recursos naturales del planeta. De pronto, como surgido de la nada, aparece un elemento extraño no sólo por su forma, sino sobre todo por lo pulido de su superficie: un monolito absolutamente negro. Uno de los grupos de primates se aproxima hasta el monolito y otro lo toca, desarrollando inteligencia misteriosamente. Esta estructura de forma rectilínea, aparece acompañada por unos sonidos perturbadores, difícilmente identificables, pero que en términos generales suscitan estados emocionales de zozobra e incomodidad en el espectador. Las interpretaciones para este elemento de espesa negrura han sido muy variadas, apelando a la religión, la filosofía y la ciencia ficción, dando cuenta que es justamente su cualidad hermética y oculta lo que provoca tanto interés. Sin embargo, lo más perturbador se da en la relación. Se trata de un vínculo asimétrico entre los monos y este objeto de apariencia tecnológico, antes que místico. El abismo entre ambos mundos, a su vez un misterio para nosotros, es tal vez, el elemento más fructífero para despertar la fantasía. Monos y monolito: dos elementos silenciosos, sin lenguaje, oscuros según nuestro intelecto.

A veces, el silencio es un mucho más que la ausencia de sonidos. Para algunas mentes inquietas, del seno de donde nada escucha se escucha, emergen los ruidos más ensordecedores. Porque pareciera ser que cuando los estímulos exteriores se apagan, se da comienzo una escena interior que puede estar plagada de voces, inquietudes, un teatro de la incertidumbre. Las preguntas más profundas de la Humanidad se hicieron mirando los cielos de noche.

Sin embargo, a veces el silencio es un bálsamo, un ungüento que alivia cuando la vida está en carne viva, cuando antes que nombrar se elige experimentar. Es un silencio que trae al presente lo percibido con los sentidos. Sobre todo, cuando se trata de una marcha en retroceso hacia estadios previos al lenguaje donde abunda la abstracción y es más difícil la identificación con recuerdos que algunas vez dolieron. Si no hay lenguaje, ¿qué queda?

La serie *Átomos en el espacio* es la primera vez que Cristina Portela se lanza de lleno al universo de lo abstracto. Consciente de un cierto desgaste, un derrumbe, en relación a sus trabajos previos –una serie colorida y recargada de indicios figurativos tratados de manera un tanto barroca en su composición– decidió abandonar ese lenguaje para descubrir un rumbo nuevo. Tomar conciencia de esa implosión fue el puntapié para dar nacimiento a una serie de inquietudes que llegaron a su quehacer plástico con la fuerza de una apoteósica explosión. Fue movimiento reflejo, según la frase “como es adentro, es afuera”. Lo que se derrumbaba por dentro, explotaba en sus pinturas, y después del estallido, quedó el silencio.

Las pinturas de *Átomos...* ostentan la negrura misma donde todo es una potencia y el espacio, antes que negado, es un acto de infinitud. Sus obras son el diálogo en tensión entre figuras diminutas o muy sutiles contra un fondo que denota inmensidad. Si algo explotó, fue hace mucho y lejos, y lo que vemos son los proyectiles que dan cuenta de esa energía liberada. Las bandas verticales, cada cinta pintada con el movimiento de una respiración, con que sistemáticamente

construye sus composiciones van ganando terreno al negro absoluto y nos hacen preguntarnos: ¿qué es fondo y qué es figura?

De esta manera, Portela, introduce una problemática central en la pintura. Un problema de relaciones, de pares, y una pregunta que podría siempre ponerse en abismo. Si aquello es fondo, ¿hay algo detrás? ¿y más atrás? Eligió el óleo para sus series de trabajos más pequeños en donde este dispositivo que desarma la dupla figura-fondo es más evidente. El óleo tiene la característica de ser un medio propicio para la refracción de los haces de luz. El ojo ve gracias a que la luz rebota en el fondo del lienzo atravesando en el ida y vuelta la materia pictórica. La ficción que sus grandes infinitos nos proponen, son una con el elemento elegido para ser contada.

Y si de contar se trata, las piezas de *Atomos...* se parecen más a los *haikus* japoneses que a las anécdotas de los cuentos occidentales. Su pintura, en su silencio sólo interrumpido por herméticas y misteriosas figuras, parecen prometernos secretas historias, ocultas escenas... pero estas nunca llegan. Lo que vemos es signo en estado puro, prelingüísticos, más parecidos a espejos en donde proyectar nuestras inquietudes que a un conjunto de falsas certezas.

Mariana Rodríguez Iglesias
curadora